

La fiesta y la danza como representación simbólica de lo social

Carlo Bonfiglioli*

La fiesta es una expresión que implica una dimensión emotiva y pasional importante. Es en donde todo tipo de acciones y actividades, incluyendo las biológicas o las técnicas, están cargadas de expresividad. La manera en que los grupos sociales protagonizan la fiesta no sólo nos habla de cómo la sociedad se organiza para celebrar, sino también de cómo piensa acerca de sí misma. (Leach, 1978: 13-14). Mi hipótesis es que la fiesta se presenta como un modelo reducido de la totalidad social, pero, como dice Valeri (1979: 96) no es una mera representación: de manera semejante a la obra de arte, la fiesta mantiene con la realidad una relación compleja. No es una simple reproducción o inversión del sentido, sino —totalizando experiencias normalmente separadas— una significación de lo que en lo cotidiano escapa al sentido. Entre el mundo festivo y el mundo cotidiano hay una relación de complementariedad.

Es decir, que la relación de los distintos grupos sociales con la divinidad es una esfera importante de la significación festiva. Este tipo de relación, así como las relaciones de género, de territorio y el de las relaciones interétnicas, son atravesadas transversalmente por el sentido de identidad. No hay mejor manera de afirmar y reajustar el sentido de la identidad que por medio de la comparación (oposiciones y semejanzas) con el otro. Esta exploración no está planteada con el propósito de hacer un análisis en profundidad de la fiesta, sino como si constituyera una suerte de metadiscurso que la sociedad entabla cíclicamente consigo misma; esto es, con los grupos sociales que la conforman.

* Investigador del Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.



El metadiscurso de la identidad festiva

La fiesta patronal de la Inmaculada Concepción en Tlacoachistlahuaca se lleva a cabo el 7 y 8 de diciembre pero en días previos a ella se desarrollan varias actividades litúrgicas: traslados de iconos y velaciones de los mismos, ofrendas de flores y velas, misas, etcétera. A estas actividades hay que añadir el tradicional espectáculo pirotécnico y las actividades dancísticas de la última noche, esto es, la representación de la Danza de la Conquista de México o bien de los 12 Pares de Francia.

Novenario y otras actividades litúrgicas

Las actividades religiosas y litúrgicas inician con la misa de la tarde. Al terminar ésta, siguen los traslados vespertinos, las velaciones nocturnas, los traslados matutinos y la misa matutina, seguida de la quema del castillo y toritos artificiales.

Podemos agrupar en tres partes la forma ritualista de esta festividad:

1) Después de la misa de la tarde, se hace el traslado de la (coronita de la) Virgen a alguna de las casas, en donde se da la “bienvenida” (bailes al momento de llegar a la casa), “despedida” (de los danzantes), “veneración nocturna” (por medio de cantos y rezos), “bienvenida” (de los danzantes), “traslado de casa a la iglesia”. Es éste el único periodo del año en que el rito se encierra dentro de las paredes domésticas. Su propósito es traer protección a la casa y a la familia que le rinde culto; cada acto, por tanto, debe ser leído como una contribución —directa e indirecta— orientada a lograr y magnificar este fin. Cabe señalar que el número de casas donde se hacen velaciones puede variar entre veinticinco y treinta y cinco.

Visto en esta perspectiva de multiplicación de actos, el culto doméstico se nos presenta como un aspecto más de un tributo colectivo cuya intensidad —número de casas, número de fieles, cantidad de cosas ofrecidas, etcétera— aumenta conforme se aproxima el día de la fiesta principal.

Las dos ofrendas de velas y flores ofrecidas por el mayordomo (antevigilia y vigilia) anuncian el gran acto público con el que el novenario termina; esto es, la realización de la “misa mayor”, una misa que se distingue de las demás, por una parte, por la variedad de grupos sociales



que allí confluyen; por otra, por el número de fieles que asisten y de sacerdotes que la celebran. Cabe señalar, para destacar aún más su importancia, que este acto final puede ser magnificado incluso por la presencia del obispo, lo cual es motivo de gran orgullo para la comunidad.

2) Lo que sigue al culto religioso es la quema del castillo y de los toritos artificiales, que debe entenderse como un momento de conjunción entre lo lúdico y lo religioso. El enlace está dado por varios factores: en primer lugar, el escenario es el mismo y los espectadores también, quienes acaban de desempeñar el papel de fieles practicantes y ahora juegan el papel de espectadores complacidos. A esto hay que añadir otro elemento de conjunción: cuando el castillo termina de quemarse, es costumbre que se perfile, en la cima del mismo, una imagen reluciente de la Virgen, signo de que ella continúa siendo el destinatario implícito y explícito de tales actividades.

La quema de los toritos de petate, también es parte de la misma secuencia; una continuación del episodio anterior, aunque con una diferencia importante: el espectáculo contemplativo se transforma ahora en juego participativo; el estupor en animación. La gran corredera de niños que se arma al ritmo sostenido de un largísimo pasodoble, contrasta con la contención de la misa y la admiración del público por la quema del castillo. Entre las actividades litúrgicas, se tiene el elemento dancístico, el cual se da a través de la representación de la Danza de la Conquista de México, con el que se pasa de la diversión a la dramatización de los “comienzos”; esto es, la ritualización del gran mito de origen de los mexicanos de hoy.

El efecto narrativo que se desprende de la articulación de todas estas actividades se puede resumir en el siguiente enunciado: es la apropiación del objeto “protección” (de la patrona) por parte de los sujetos “pueblo” y “familia”. Consecuentemente, cada fase debe ser interpretada con base en su incidencia narrativa dentro de la celebración total. Así, a cada actividad litúrgica (novenario, ofrenda de flores y velas, “misa mayor”) le corresponde una función semántica precisa: “pedir protección”/“agradecimiento” (individual, familiar, comunitario); las quemas del castillo y de los toritos de petate: “honor”/“diversión lúdico-religiosa”; la representación de la Conquista de México: “edificación épico-religiosa”.



3) Ahora bien, hay que especificar que, si bien la representación de la Danza de la Conquista de México es lo común, en realidad se trata de una elección de dos opciones, siendo la otra posibilidad la Danza de los 12 Pares de Francia. Pero ¿por qué escoger la Conquista y no los 12 Pares? ¿Qué hay detrás de una “simple cuestión de gustos”? Dice el dicho antiguo que los gustos y los colores no pueden —por una supuesta combinación de “arbitrariedad” e “inocencia”— ser objeto de disputa (*De gustibus et coloribus non disputandum est.*) pero los gustos comienzan a ser significativos en el momento en que son compartidos por un grupo representativo de personas.

Normalmente, el número de actores indígenas que participa en la Conquista es superior al de los mestizos. Cuando, en cambio, salían los Doce Pares, sucedía lo contrario. Al parecer, hay entonces una tendencia étnica de los gustos. ¿Cómo explicarla? Una de las primeras explicaciones que pude recoger se refiere a la dificultad de encontrar indígenas que sepan montar caballos.

Para don Juan Estrada (†), mestizo de 90 años, ex danzante y maestro de los Doce Pares, la razón es diferente: “Al natural le gusta mucho esa pieza [la Conquista] porque poco hablan y es puro bailar, puro correr, puro jugar. Los Doce Pares es todo lo contrario: mucho hablar y poco correr”.

O bien, como dice Isaías de Jesús González, indígena amuzgo escolarizado, de 24 años: “A la gente le gusta más la Conquista por la música. Es más llamativa. En la Conquista el son de guerra es más activo, más alegre [...] Hay gente que ya ha bailado y cuando escuchan el son de guerra se animan [emocionan] para entrarle otra vez”.

La opinión de un amuzgo de 28 años, Abraham López, que ha salido cuatro veces en la danza, refuerza lo anterior, aunque con otros argumentos: “A mí me gusta más la Conquista porque se ve la historia de antes de los mexicanos. Es que muchos aquí no saben las letras y esta danza habla de la historia de uno, pues, de cómo fue todo eso de la conquista. Yo creo que a mis compañeros le gusta más la Conquista por lo mismo”.

Estas opiniones nos brindan elementos de reflexión sobre dos caras de la misma moneda. En las primeras tres, la predilección indígena para la Danza de la Conquista, o bien su imposibilidad



para participar adecuadamente en los Doce Pares, es presentada como un problema de forma expresiva; en la tercera, como mera cuestión de contenido.

En la actualidad, en Tlacoachistlahuaca y en muchas otras comunidades de la región, los indígenas ya no se sienten cohibidos cuando tienen que hacer declamaciones verbales. Pese a esto, el castellano no deja de ser, para ellos, una segunda lengua, lo cual repercute en el arte declamatorio. Hasta hace poco tiempo, la declamación en castellano ha sido, para la mayoría de los amuzgos, un verdadero desafío. Aún hoy, lograr un buen estilo declamatorio, o bien, fracasar puede ser motivo de orgullo o de vergüenza.

Desempeñar el papel de Cortés, Moctezuma, Alvarado, o incluso Fierabrás u Oliveros, es un importante reto lingüístico, es como “superar o reprobado” un examen y también una manera de mostrar que saben estar a la altura de un mestizo, e incluso de superarlo en este arte.

El fracaso de un indígena puede ser marcado por expresiones del tipo: “no, ése no la hace, tiene lengua de trapo, se le atora la lengua”. El modelo para evaluar una buena actuación —hablar “recio” y con sentimiento— es aceptado y compartido por ambas partes y no cabe duda de que en esto los mestizos se desempeñan mejor. Actuar en su propio idioma les da seguridad. Además, los modelos televisivos hacen escuela, influyen en la actuación y, puesto que los mestizos tienen más acceso a ellos, les resulta más fácil actuar de acuerdo con estos nuevos patrones.

Por otra parte, la idea de que los amuzgos tienen mayor gusto por la acción mímica y/o dancística y menor predilección por las declamaciones verbales me parece acertada. No hay que olvidar, empero, que las razones pregonadas por varios mestizos, de su dominio del arte declamatorio, sólo tienen validez relativa y reversible. No hay idioma que no marque diferencias, barreras, discriminaciones y, en este caso, los mestizos salieron favorecidos por obvias razones. Así, con matices y explicaciones, no debe sorprender que entre una danza con declamaciones verbales (la de los Doce Pares) y otra con acción (la de la Conquista), los indígenas prefieran la que presenta menores dificultades —que además, de acuerdo con sus gustos, es también la que tiene “buena música” y “mucho acción” — y los mestizos aquella que, por sus características, les permite exhibir su mejor desempeño verbal.



Respecto del contenido general de las dos danzas, el lector se preguntará por qué el tema de la Conquista de México debería ofrecer al amuzgo más motivos de predilección que al mestizo. La exégesis que nos brinda uno de los informantes entrevistados es muy clara: para muchos amuzgos, la representación continúa siendo la única manera de conocer la “historia” de la Conquista. Para un mestizo, este argumento no opera con el mismo nivel de exclusividad. La información de los medios masivos de comunicación (básicamente radio y televisión) y la escolarización, le han dado acceso a otras formas de reproducción ideológica, las cuales marcan una distancia con las formas de experiencia directa aún utilizadas por los indígenas. Por otra parte, el contenido proindigenista de esta variante de la Conquista le debe agradar al indígena mas no al mestizo, quien, en este contexto de relaciones interétnicas, se siente mucho más próximo al español.

La elección de una u otra danza refiere pues, al igual que el desempeño de otras actividades, a un sentido de la identidad étnica. Las actividades litúrgicas se llevan a cabo por los indígenas y, en cierta medida, también de las mujeres mestizas. Las actividades dancísticas están a cargo de los indígenas, cuando se trata de danzas no verbales; de indígenas y mestizos cuando se trata de danzas que hacen uso del arte declamatorio (con las diferencias apenas marcadas); de los mestizos cuando se trata de danzas de diversión. Sobre este último punto regresaré en un momento.

La “otra fiesta”

Paralelamente comienzan, a partir del día 3 de diciembre, actividades lúdicas como la carrera de caballos, el jaripeo, el palenque de gallos, el torneo de basquetbol y el baile de feria. Sólo en la fiesta patronal se realizan estas actividades lúdicas. “No se le puede otorgar al baile de feria el mismo grado de exclusividad, ya que el 20 de noviembre, fiesta de la revolución, un grupo de estudiantes organiza algo parecido (aunque con mucho menos brillo) dentro del mercado municipal”.

¿Por qué? ¿Cuál es su contribución a la significación festiva? Estas cinco actividades festivas pueden agruparse, para ciertos fines analíticos, en dos grupos distintos. El primer grupo está formado por actividades protagonizadas por animales, y caracterizadas, por lo menos en dos de tres casos, por apuestas de dinero. Por lo mismo, y también por razones logísticas, este grupo



de actividades tiene lugar en las afueras del pueblo o, en el caso del palenque, en sitios cerrados, lejos de miradas indeseadas. Tal vez por ser consideradas menos “viciosas”, las demás actividades son organizadas en la plaza municipal.

Respecto del primer grupo, conviene señalar lo siguiente:

1) En la carrera de caballos sobresale el elemento jerárquico. Hablo de una jerarquía estética, fundamentada en la elegancia del animal; de una jerarquía biofísica, fundamentada en la rapidez, y de una jerarquía económica, fundamentada en el valor de cambio. La suma de estos tipos de jerarquías se transfiere metonímicamente a los dueños pasando por el código de la posesión: “soy lo que poseo”, “mi corcel es caro y representa mi riqueza y extensivamente mi poder”, “no soy ni elegante ni veloz, no obstante, mi corcel me sustituye y representa”, etcétera. En total contraste con los caballos ordinarios o incluso con los burros, cuyo valor de uso es ser herramienta de transporte o de trabajo en el campo, estos caballos son símbolo de jerarquía, estatus, poder, compostura. Por razones económicas obvias, son un objeto prohibido a los varones indígenas; de estos últimos se dice, además, que no saben montar, lo cual refuerza la oposición anterior.

2) En el jaripeo, la competición no se da, desde luego, entre los animales, sino, por una parte entre los jóvenes que montan el toro; por otra, entre jóvenes (que montan) y animales (que son montados). En realidad, el jaripeo es más un juego de demostración que de competición. Soy lo que demuestro ser: fuerte, hábil, “aguantador”. Por lo mismo, los toros son un objeto prohibido a las mujeres, los niños, los hombres maduros y los indígenas. Los tres primeros, por carecer de las calidades físicas requeridas para la monta; los últimos, porque no tienen las habilidades para hacerlo (“no saben montar”, dicen los mestizos, de los indígenas, al respecto). En relación a los toros, hay que señalar el contraste entre el uso que de ellos se hace a lo largo de la fiesta y el uso reproductivo ordinario.

3) En el palenque destacan tres cosas: el uso destructivo de los gallos (en contraste con su uso reproductivo ordinario); su valentía desmesurada (en cada pelea tiran a matar y a morir); el derroche igualmente desmedido de los hombres (quienes desafían el riesgo de perderlo todo en una apuesta). Todos los valores en juego son absolutamente masculinos, por lo que las mujeres



son, una vez más, excluidas de este escenario. Debido al costo de la entrada y al derroche del dinero, los indígenas, los niños y los adolescentes también son excluidos.

4) Lo que se destaca en el torneo de basquetbol son habilidades físico-mentales muy distintas de las anteriores. El uso del cuerpo que se exhibe en este tipo de juegos implica coordinación y soltura (contrariamente al equilibrio y a la fuerza que se necesitan en la carrera y el jaripeo) y para lograr la victoria se necesita estrategia (en lugar de “aguante”). Lejos del mundo campesino, esta actividad está simbólicamente relacionada con el deporte espectacular; está asociada con la modernidad, simboliza el involucramiento que la juventud mestiza tiene con ella y, en contraste, con las apuestas y el consumo de alcohol, nos remiten al cliché de juventud “sana” que al practicar un deporte se aleja de los “vicios”.

5) El gran baile de feria es otra actividad que, por el tipo de lenguaje corporal y sonoro que se utiliza, se asocia con la modernidad. Los protagonistas son en gran mayoría jóvenes, y en menor medida, adultos de ambos sexos. Los excluidos del baile son, una vez más por razones económicas y tal vez por el estilo motriz, los indígenas. Ulteriores elementos clasificatorios al respecto se pueden encontrar en el apartado “danzas de pareja”, “danzas plegaria” y “danzas-teatro”.

Los dos polos festivos: esfera lúdica *versus* esfera litúrgica

En términos de protagonismo de los grupos sociales hay un contraste notable entre una y otra esfera de actividades. Una parte importante de la denominada “otra fiesta” —la que se refiere a las competencias con animales— está indudablemente protagonizada por los hombres mestizos tanto en el aspecto organizativo como en el celebratorio. Esto se debe a que los valores puestos en juego identifican al sector ganadero, es decir, el sector que define por antonomasia a los hombres mestizos de la región.

El hecho de que se invite a participar a gente de afuera (granjeros, o bien, propietarios de caballos) enfatiza el pretendido vínculo que los mestizos locales quieren tener con los mestizos de la costa (en oposición al vínculo laboral que en lo cotidiano tienen con los indígenas). A diferencia de las actividades antes mencionadas, el torneo de basquetbol y el baile de feria no simbolizan un vínculo con la región, sus riquezas y actividades productivas, sino con otro tipo de modernidad,



principalmente televisiva. Los protagonistas de tales actividades son los jóvenes mestizos, el sector más abierto y fascinado por el cambio.

En la otra esfera de actividades —la religiosa— confluyen distintos protagonistas, aunque, por admisión de todos, son los hombres indígenas quienes la sustentan, en particular en lo que se refiere al aspecto organizativo (invitaciones y búsqueda de danzantes, cantores, músicos, autorizaciones, costeo de los ensayos, construcción de enramadas, etcétera). Las mujeres, tanto indígenas como mestizas, desempeñan un papel semejante en lo que se refiere al cuidado de la casa de Dios, de los altares domésticos y, desde luego, a la preparación de alimentos festivos. El papel de los hombres mestizos se limita, en la mayoría de los casos, a costear determinadas actividades, dando pie, con su pasividad, al contraste más importante dentro de esta esfera. Esta oposición debe ser planteada y entendida de manera “tendencial” ya que, dependiendo de los momentos, las coyunturas y las “subesferas”, las excepciones pueden variar en número e importancia.

Veamos con mayor detenimiento cuál es el desempeño de los distintos grupos sociales.

1) La coordinación general de las actividades festivas tradicionales corresponde a las autoridades indígenas. Desde siempre, son los indígenas quienes, con trabajo de hormiga, reuniéndose domingo tras domingo, sustentan la tradición festiva tlacoacheña. Este tipo de responsabilidad, herencia del antiguo sistema de cargos, es la que proporciona más argumentos a los indígenas para reivindicar su protagonismo. De acuerdo con el punto de vista indígena, la fiesta se desmoronaría si por alguna razón ellos decidieran cruzarse de brazos. También es cierto que a los indígenas no les conviene que los mestizos se entrometan demasiado en los aspectos organizativos, ya que, si esto pasara, podrán verse desplazados también de esta esfera. Dicho en otras palabras: pese a las protestas, parece haber, de parte de ambos grupos, un tácito acuerdo sobre la repartición de las responsabilidades festivas.

2) La organización de las velaciones está a cargo del grupo doméstico, el cual, en ciertos momentos, tiene que coordinarse con los tesoreros, los cantores y los danzantes. En el grupo doméstico, quienes desempeñan el papel principal son, desde luego, las mujeres de la casa. A ellas les toca preparar el altar y la comida que deberá ser repartida entre los invitados durante los



traslados del icono sagrado. El compromiso de los varones es menor y bastante variable (normalmente los varones indígenas se involucran más). Es sobre todo responsabilidad de ellos que no falten los recursos económicos para que tales actividades se lleven a cabo.

Cuadro 1. Participación de la población en las actividades festivas.

<i>Carrera-jaripeo-palenque</i>	<i>Torneo de basquetbol</i>	<i>Baile de feria</i>
Mestizos		
Hombres	Hombres	Hombres y mujeres
Adultos (y jóvenes)	Jóvenes	Jóvenes (y adultos)
Valores tradicionales (y modernos)	Valores modernos (y tradicionales)	

Fuente: Elaborado por el autor.

3) La distinta participación de los varones se percibe en los traslados callejeros de iconos, flores y velas. Normalmente son ellos quienes encabezan estos traslados, sobre todo cuando se trata de ofrendas sustantivas de velas o flores; en otras palabras, cuando se trata de mostrar el gasto aparecen más los hombres, incluso los mestizos. Entre los indígenas se suele invitar a los principales para que participen. En cuanto al número de participantes, es normal que prevalezcan las mujeres.

4) Las actividades en la iglesia (la entrega de coronas, los rezos del novenario, el aseo, etcétera) son coordinados por los tesoreros indígenas quienes, en ciertos casos (básicamente las misas), actúan en coordinación con el sacerdote local. Es común escuchar la queja de que los varones mestizos no se arriman a la iglesia, sólo mandan dinero o bien trabajadores. La adopción del esquema doméstico se puede considerar al verse a la iglesia como una casa, “la casa de Dios”, por lo que deben ser las mujeres —indígenas y mestizas— quienes se ocupen de su limpieza y adorno. La “misa mayor” es el momento principal de la confluencia de etnias, géneros, edades, posiciones económicas, políticas, etcétera.

Estas pocas observaciones nos indican un distinto compromiso de los grupos sociales: hay, evidentemente, distintas maneras de concebir y manifestar la fe. Normalmente, los mestizos prefieren sacrificar dinero; los indígenas, dinero, trabajo y tiempo. Por otra parte, la idea de contacto y de cercanía física con lo sagrado, “arrimarse”, es lo más importante. Cuando se escucha decir que “el mestizo (varón) no se arrima a la iglesia”, debemos entender que no sólo evade



responsabilidades, sino que no valora la oración y el contacto ritualizado, es decir, tiene poca fe. Lo que para el indígena es demostración de “muchacha fe”, para los mestizos raya en el fanatismo religioso, “gasto tonto”. El contacto con la supuesta modernidad les ha enseñado que el “éxito” no depende sólo del santo sino de factores menos espirituales.

Ser creyente no implica, según ellos, ir a la misa todos los días o gastar lo que uno no puede reponer. El indígena ve con horror las apuestas porque son azarosas, esto es, todo lo contrario del ritual. La impredecibilidad es una falla humana, es la incapacidad de ver la voluntad de Dios. Las circunstancias azarosas que cruzan el camino del hombre son, en realidad, consecuencia de la buena o mala conducta y, por lo tanto, sólo queda el camino de la religión. Para él, los rituales son una suerte de lucha que el hombre libra para disminuir los efectos del azar. Lo anterior nos permite decir: primero, que la apuesta es algo inherente al juego y los juegos están en todos lados, en toda cultura; segundo, los endeudamientos producidos por los altos gastos religiosos tampoco son privativos de los pueblos “no-educados”.

Si en Tlacoachistlahuaca observamos que los endeudamientos por apuestas o por gasto religioso tienen una clara connotación étnica, no debemos pensar en un determinismo de tipo económico, sino en una acentuación festiva de la diferenciación étnica (de la identidad étnica) que sólo tiene validez local. Así, cuando dos grupos étnicamente diferenciados conviven en el mismo espacio festivo, sus relaciones desembocan en la búsqueda de espacios propios, a veces al interior de las mismas esferas de actividades; en otros casos, involucrando ámbitos distintos. Lo que se desprende de ello es que el sentido de la identidad puede articularse a veces sobre elementos relativamente estables, por ejemplo, la oposición a actividades lúdicas/festivas; en otros casos, dependerá de la reformulación histórica de ciertos valores y la reubicación de los actores en ciertos espacios. Lo anterior jamás puede establecerse a priori, claro está, sólo el análisis puede revelarlo.

